



EL
REGALO
DEL
CIELO

Mauricio A. Rodriguez
como fue redactado a
Robert Hunt

**EL
REGALO
DEL
CIELO**

Mauricio A. Rodriguez
como fue redactado a
Robert Hunt

El Regalo del Cielo: Mauricio A. Rodríguez y Robert Hunt © 2011
Por Mauricio A. Rodríguez tal y como fue redactado en Inglés a Robert Hunt
Publicado por la Prensa de Misiones Cuadrangulares
www.foursquaremissionpress.org

Todas las escrituras han sido tomadas de la *Biblia Plenitud Reina Valera*,
© 1960 por Grupo Nelson, Editor General Pastor Jack Hayford.
Utilizada con permiso. Todos los derechos son reservados.

Diseño Gráfico: Wyce Ghiacy
www.visionfocusdesign.com

Fotografía de Portada: Michael Kitada
www.michaelkitada.com

Traducción al Español: Daniel y Catalina Vargas
danerva@gmail.com

Todos los derechos del autor son reservados.

Impreso en Estados Unidos

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a mi madre, Lucila. Tú eres y siempre serás un ejemplo para nosotros del amor incondicional de Dios. Tu fe me enseñó a creer que con Dios, nada es imposible. Gracias por creer siempre en mí cuando yo no creía en mí mismo. Me enseñaste a luchar y no darme por vencido, sin importar cuán alta era la montaña siempre me facilitaste poder escalarla. Gracias por dirigirme hacia el ÚNICO que podría haber sanado los pedazos quebrantados de mi vida.

Yo no podría tener una historia para contar sino hubiera sido por tu amor y tu estímulo, tú eres y siempre serás mi héroe. Madre, tú eres mi regalo del cielo y te amo con todo mi corazón.

*“Muchas mujeres hicieron el bien;
Mas tú sobrepasas a todas.”
Proverbios 31:29*

Mauricio A. Rodríguez

PREFACIO

Mauricio es un milagro.

Y la verdad es mejor que la ficción! Este recuento gráfico y cautivador del recorrido de la vida de mi amigo lo tiene todo. Ni siquiera la más creativa de las imaginaciones pudo haber manufacturado con tal destreza un encuentro de tragedia y fracaso humano como ha sido descrito en las páginas de esta historia y el increíble final lleno de esperanza con el cual culmina.

La triste realidad de los peores momentos humanos revelados en esta narrativa es impactante. Sin embargo, es dramáticamente contrastada con el ingreso del amor y la milagrosa intervención Divina.

Habiendo servido como pastor en varios países del mundo y habiendo viajado miles de millas para hablar en conferencias, me siento privilegiado por haber conocido a personas de toda lengua, raza, pueblo y nación; sin excepción alguna, las personas que he conocido siempre se han cuestionado cuál sería su valor y su propósito de vida.

Esta historia ofrece una prueba tangible que la vida de todas las personas tiene un buen diseño piadoso sin importar sus circunstancias. La vida de Mauricio lo comprueba así.

Con entusiasmo recomiendo que usted lea las siguientes hojas y en ellas se encontrará a usted mismo de la misma manera en la que yo me encontré a mí mismo; no solo capturando mi atención con este recuento personalizado, sino que también interactuando con numerosas experiencias que pueden tener finales de redención como lo tuvo el de Mauricio.

*Jaime Tolle, Pastor
The Church On The Way
La Iglesia En El Camino
Los Angeles, CA*

EL REGALO DEL CIELO

El gran árbol estaba allí, solo, como un monumento al tiempo. Su visitante se sentó cómodamente entre las inmensas raíces que crecieron por fuera de su tronco. Él comprendía la razón por la cual alguien quisiera venir aquí para buscar su refugio en un momento de necesidad.

Muy pocos pueden visitar el punto exacto en el cual fueron traídos al mundo. Aún menos personas, pueden llegar al lugar en el cual su nacimiento se cruzó con la muerte.

Después de dar gracias, el visitante se paró del punto exacto de su comienzo, para declararle al enemigo que casi le arrebató la vida. “Estoy aquí 25 años después! No lo lograste; soy más fuerte que nunca!” Su firme voz se dispersó en medio de aquel bosque estático.



Todos conocían mi secreto, menos yo.

Yo no prestaba atención a los susurros de la gente hasta que crecí. En el pueblo de Estelí, Nicaragua, todos se conocían y eran amigos, o por lo menos eso pensé. Ellos me llamaban de manera

afectuosa “Mi Niño,” sintiendo un orgullo común al verme protegido, yo podría caminar en cualquier parte y sentirme seguro.

Imágenes brumosas de calles empolvadas y casas sin ventanas hacían parte de los recuerdos de mi pasado. Los espacios pequeños siempre parecían estar llenos de familiares lejanos, de mi sobre-protectora madre y mis tres hermanas mayores; teníamos lo esencial. Más adelante comprendí que éramos pobres pero en realidad nunca quise nada.

Una violenta guerra civil arremetió contra Nicaragua; los Sandinistas mataban a los Contras y los Contras mataban a los Sandinistas. La gente moría por estar al lado equivocado de la carretera o simplemente, por conocer a las personas equivocadas. Mi madre temía por la vida de mis tres hermanas; las mujeres jóvenes eran arrasadas en contra de su voluntad, violadas, y muchas veces sufrían las peores consecuencias.

Entonces mi madre le imploró a la embajada Americana para que nos permitieran venir a América; le negaron su petición, sin embargo la embajada Mexicana, aprobó nuestra entrada a dicho país. El viaje nos llevó a la ciudad de Tijuana y eventualmente a Los Ángeles. Probablemente fue una aventura que valdría la pena relatar pero en realidad no recuerdo nada al respecto.



“Por qué no alimentas a ese bebé?” La vecina de edad avanzada le gritaba a la joven madre que vivía en la choza cruzando el campo; días de escuchar al niño gritar agotaron la paciencia de aquella anciana.

“No quiero!” era su absurda respuesta; los llantos del bebé eran cada vez menos frecuentes. Al cabo del tiempo la aldea se silenció, nadie recuerda haber visto al bebé después de ese momento.

Alrededor de un año después, ella estaba de nuevo embarazada.



Mis primeros recuerdos de América eran de la iglesia; me encantaba alabar a Dios y se sentía tan natural como el respirar. Esta experiencia solo era intensificada al ver el sol fluir a través de los vitrales pintados que enmarcaban el santuario; el Templo Angelus, construido alrededor de 1920, reflejaba cierta reverencia arquitectónica con una calidez tanto de las personas como de la presencia de Dios.

Dios era mi Padre y no en una manera teológica. Yo lo sentía y lo veía en el cielo como la mayoría de los niños lo ven; más adelante aprendí que la Biblia lo describe a Él de manera afectuosa con la palabra “Abba” o “Papi” en el lenguaje original; lo podemos llamar a Él en cualquier momento y yo lo llamaba muy a menudo.

La única parte que no era natural en mi juventud tenía que ver con un hombre de baja estatura al cual mis hermanas le llamaban “tío.” Años de trabajar en el campo le ayudaron a endurecer su contorno y oscurecer el tono de su piel; él parecía estar escondido y en realidad no hacía parte de mi mundo. Aún así, me instruyeron a que yo lo debía llamar papá y la palabra papá, en el ámbito terrenal no tenía significado para mí; así que yo obedientemente cumplía. Yo sabía que él era el hijo de mi abuela, el hermano de mi madre; él iba, venía y escasas veces reconocía mi existencia. Al comienzo no me molestaba pero luego comencé a ir a la escuela y aprendí de mis amigos que los papás eran más que unas simples sombras.

Otros niños se vanagloriaban que sus padres los llevaban al parque, jugaban beisbol con ellos y les compraban helado. Yo experimentaba una sensación de envidia cuando veía como sus padres los recogían de la escuela mientras que yo esperaba a mi madre.

Algún día yo quería poderles decir a mis amigos algo que ellos siempre me decían a mí. “No puedo jugar contigo... mi papá me va a llevar al parque.”

Así que yo esperé a que aquel hombre a quien yo debía llamar papá pasara por mi casa a visitar; Cuando por fin vino, yo le pedí que me llevara al parque y me comprara helado. Al fin de cuentas los padres hacen ese tipo de cosas y para mi ingenuo asombro, él accedió.



La joven sintiendo el dolor que agitaba su vientre caminó lentamente al campo. Un inmenso árbol erguía solitariamente allí, invitando a la joven mujer a que se recostara en su amplio tronco; dos enormes raíces proporcionaron un lugar para que ella se sentara en medio de ellas, descansara sus brazos y se aferrara con sus manos.

Nadie recuerda el haber escuchado a la joven mujer gritar debajo del árbol, probablemente dio a luz de la misma manera en la que sobrellevó su vida; con una insensible indiferencia.



Aunque el tiempo que iba a compartir con mi papá en el parque estaba destinado para el mediodía yo desperté a las 7:00 a.m. listo para ir con él; empaqué mi mochila de Superman con mis juguetes favoritos imaginándome lo divertido que sería este mágico día. Mi madre, aún en cama, me decía con vos recia “hijo regresa a cama – aún está temprano!” pero yo esperaba en los angostos escalones de nuestro apartamento y la ansiedad distorsionaba el tiempo.

El mediodía llegó, se fue y a duras penas noté los diferentes intentos que mi madre hizo para hacer que yo regresara al apartamento; “él va a venir,” yo le repetía a cada hora con menos seguridad.

A las 7:00 p.m. todavía con mi mochila en la espalda, me rendí. Aún hoy día lo recuerdo todo; desde el patrón que formaba la pintura resquebrajada en las paredes de los pasillos, hasta los ataques de diferentes emociones; me encantaría poderlo olvidar todo.



Nadie sabe con certeza lo que ocurrió después y la mujer con su recién nacido en brazos y teniendo aún su cordón umbilical adherido,

camino hacia la letrina que compartían entre dos familias; lo que ella hizo a continuación ocasionó horror aún en aquella aldea que estaba bien familiarizada con la tragedia.



“Algo tuvo que haber ocurrido y él se disculpará;” sus palabras me rebotaban como balas en el Superman que adornaba la mochila a la que aún aferraba cerca a mi pecho.

Mi madre solo deseaba proteger mi corazón y ella no quería que el odio se filtrara en mí pero ella fracasó en su intento. Lloré hasta que quedé dormido.

Mi padre nunca llamó y nunca se disculpó; sin embargo el acontecimiento más trágico que ocurrió ese día fue la muerte de la fe de un niño y en mi joven mente la traición de mi padre se convirtió en el rechazo de Dios. No ocurrió todo en un solo día pero comenzó en la medida en la que mis lágrimas cesaron y mi corazón se endureció.

Yo continuaba creyendo en Dios pero Él se convirtió cada vez más en un objeto distante al cual ya no sentía; su calor ya no lo percibía por medio del sol y su cara no la veía en el cielo o Su presencia rondando en el viento.



La joven mujer ensangrentada por haber dado a luz, se paró afuera de la letrina cargando al bebé; la madre de ella finalmente la acompañó. Qué puede pasar en la mente y el corazón de alguien que está a punto de hacer lo inimaginable? Quizás un movimiento empañado sin pensamiento alguno se apodera de ella y un desapego total de sentimientos o temores.

Ella permitió que su pequeño bebé dejara sus brazos y callera dentro del hueco fétido e inmundado.

En vez del esperado silencio, los gritos de un bebé lastimado tuvieron que haberse elevado profundamente desde las entrañas de dicho hueco, ocasionando que la madre y su hija buscaran rocas para encubrir su crimen y cuando llegó el silencio, ellas dieron su espalda y se fueron.



Yo odiaba a mi “Papá” y a pesar de la insistencia de mi madre y mi abuela, no quise seguir llamándolo así; él iba a los

cumpleaños de ellas pero nunca fue a los míos. Cuando yo veía que él venía en camino buscaba la salida más cercana.

En mi adolescencia me rebelé y sin embargo hice lo mejor posible por guardar todos mis sentimientos encerrados dentro de mí para no herir a mi madre. Yo bebía licor pero el solo pensar que me convertiría como mi padre causó mi sobriedad.

Mi abuela siempre me dijo “Protege tu corazón y respétalo;” pero yo le respondía con tono de desconsuelo, “Mi padre está muerto.”

En la escuela durante el Día del Padre, yo hacía que mi fantasía fuera una temporal realidad cuando me preguntaban por mi papá.

“Él está muerto” así usualmente terminaban los cuestionamientos paternales.



Los niños de la aldea recogían rocas y ramas muertas, haciendo su ruta por el campo.

En Nicaragua el beisbol es una pasión; los chicos usaban rocas y sus manos peladas porque eran demasiado pobres para comprar unas bolas de beisbol, bates y guantes. Entre los gritos y los sonidos del juego escucharon un leve llanto y todos ellos fueron a explorar.

Lo que llegó a sus oídos no tenía sentido; por qué salían sonidos desde el fondo de la letrina? Uno de los niños corrió en búsqueda de sus padres logrando alcanzar a su madre Raquel, conocida por todos como “Roque.” Ella inmediatamente pensó que su niño de 3 años se había caído en el hueco. “Oh Dios mi bebé!” Solo al ver que su hijo se encontraba seguro en cama corrió al campo.



En mi adolescencia hicimos una peregrinación hacia Nicaragua y aunque América era mi hogar, este pequeño país Centro Americano aún ocupaba un lugar especial en los corazones de mi madre y mis hermanas. Yo solo fui con ellas como si fuera una aventura.

Al caminar por el sendero empolvado o al entrar en algún pequeño almacén lograba ver como la gente me miraba y susurraban entre ellos. “Ese es el bebé” decían; no tenía ningún sentido pero por alguna razón, nunca pregunté el por qué.

Durante mi estadía en Estelí logré escuchar una discusión entre mi madre y uno de sus hermanos; “no le digas, eso lo destruirá.” No quise preguntar pero sabía que había algo que no estaba bien.

Cuando regresamos a los Estados Unidos yo le pregunté a mi hermana mayor, “¿Qué me están ocultando?” En vez de responder, ella gritó lo que parecía ser una frase predeterminada; “Mamá es tiempo.” Como en una intervención, inmediatamente fui rodeado por miembros de mi familia cuyas caras parecían tener los colores que se ven dentro de la sala de emergencias de un hospital.

Allí estábamos todos sentados, nadie hablaba en nuestra pequeña sala. Mi madre rompió ese silencio tan extraño con una frase que ella a menudo me repetía: “Tú eres un regalo del cielo,” ella procedió a contarme la historia de mi vida.

Pronto sus palabras comenzaron a paralizar mi mente como si estuviera enfermo, escuchando que todo era una mentira. Mi madre no era en realidad mi mamá y mis hermanas en verdad no lo son; saber que mi madre biológica trató de matarme.

Yo respiraba lenta y profundamente tratando de guardar mis emociones dentro de mí, no funcionó y todos simplemente lloramos.



Todos ellos acudieron a la letrina y un hombre inmediatamente ató una soga alrededor de su cintura y descendió dentro del hueco;

Roque se arrodilló, aferrándose a esa soga con cada onza de fuerza que su pequeño y diminuto cuerpo pudiese aguantar. El hombre descubrió a un bebé recién nacido boca arriba atorado en un pedazo de madera y salvándolo así, del líquido que inevitablemente pudiese haber llenado sus diminutos pulmones. Uno de los niños exclamó que él había tirado un pedazo de madera dentro del hueco el día anterior; simultáneamente aclamando un poco de reconocimiento al relatar su confesión. Roque luchó para sacar al hombre del hueco mientras que él cuidadosamente sostuvo al bebé con una mano aferrándolo a su pecho y con la otra mano agarrando la soga; al salir del hueco él exhaló buscando aire limpio y le entregó el recién nacido a ella.

El bebé parecía estar en shock, cortado y cubierto de sangre casi seca y teniendo dificultad para respirar. El hombre se preguntaba en voz alta qué habría ocurrido y cuál fue la razón por la cual tantas rocas de gran tamaño fueron lanzadas dentro del hueco de aquella letrina. Habrá sido un accidente? Cuánto tiempo llevaría el bebé allí?

Roque envolvió cariñosamente al bebé con una toalla, sin prestar atención que su propia sangre corría por sus rodillas. “Este bebé tiene mucha hambre” dijo para sí misma. Él tiene que comer, pensó ella.



Por qué Dios? Por qué permitiste que todo esto ocurriera? Debiste haberme permitido morir en esa letrina! Con cada súplica sin respuesta que le hacía a Dios, se comenzaba a mezclar mi depresión con ira; pero en realidad no fueron esas verdades que ocasionaron mi auto compasión, fue el otro “padre” en mi vida.

Aún después de que él supo que yo ya sabía la verdad, “papá” continuaba negando que él era mi padre; yo ingenuamente pensé que al ver que esta horrible realidad ya estaba expuesta a la luz, dejaría sus aires de machista y me abrazaría como hijo suyo; fue una fantasía que no se hizo realidad.

Al deslizarme en una profunda depresión pensé que podría esconderme de todo el mundo. Sin embargo, mi familia estaba cada vez más preocupada y cada vez que alguien sugería que yo fuera a ver a un consejero o psicólogo, mi madre les respondía contundentemente con un “No, Dios será su consejero!” No era que ella desconfiara de la consejería, simplemente que ella sabía que todo esto era el plan de Dios.

Un día, mis apresuradas conversaciones con Dios cambiaron de tono. Decidí hacer a un lado mi dolor para poder escuchar y Dios me habló.

Puedo comprender la forma en la cual algunos ven a aquellos que proclaman que Dios les habla. Pero si Dios es nuestro Padre, por qué no habría de hablarle a sus hijos?



Ya que solo había dos familias que compartían aquella letrina, Roque sabía quien acababa de dar a luz. Motivada tanto por el deseo de asegurarse de que se alimentara a ese bebé como por la pregunta de cómo pudo haber ocurrido esto, caminó hacia la choza con el bebé en sus brazos. Una joven y sombría mujer lentamente salió a la puerta después de muchos golpes y gritos solo para mirar fijamente al bebé que aunque estaba envuelto, aún se encontraba ensangrentado. “Por qué hiciste esto?” Le preguntó Roque, mostrándole el bebé para que la joven lo viera. Ella no esperó su respuesta, “necesitas alimentarlo!”

“Por qué lo sacaste? Debiste haberlo dejado allá.” La confesión de aquella joven dejó atónita a Roque, quien aún se resistía a creer que esto fuera un acto intencional. Al ver al bebé con una mirada de desprecio, la joven exclamó, “No lo quiero.”

Roque se repuso de aquella declaración para implorarle, “Él es tu hijo! Está muriéndose de hambre y necesitas cuidarlo.” La joven renuente tomó al bebé en sus brazos. Roque se marchó con la preocupación de si había hecho lo correcto; “ella no tratará de matarlo nuevamente, o si?” El simple pensamiento ocasionó que su corazón se acelerara.



Con todo lo que sé que es real, Dios me pidió que hiciera lo que yo consideraba ser lo imposible y lo único que le faltó pedirme fue que resucitara muertos.

En cambio Él claramente le habló con profundidad a mi alma, “necesito que vayas en búsqueda de ella.”

Supe inmediatamente que hablaba de mi madre biológica, la mujer de la cual sólo me refería como “esa mujer.” Dios no había terminado.

“Dile que la perdono y que la amo.”

Durante los siguientes seis meses le respondí a Dios que “no,” pero la voz dentro de mi corazón continuaba diciéndome que fuera. Así que un día cualquiera, finalmente accedí; mamá, hermanas, tías y tíos – todos iríamos a aquel lugar para ver a esa mujer.

De alguna manera extraña perdonar a mi madre biológica se me hacía más fácil que perdonar a mi “papá.” Yo racionalicé que ella tuvo que haber estado mentalmente enferma, o quizás estaba experimentando el síndrome de depresión post-parto; no lo sabía, pero “¿mi papá?” Él simplemente no quería tener nada que

ver conmigo. El rechazo de un padre en cualquier forma, sacude esa parte tan profunda de uno mismo.

Tal vez este viaje cierre por lo menos uno de los capítulos de mi vida; yo me imaginaba mil posibilidades de cómo iba a acontecer todo.



La joven con el bebé en brazos caminó lentamente hacia su enojada madre. Inmediatamente la anciana actuó para poder eliminar el problema. Ella llevó al pequeño a casa de un familiar de su padre y al llegar con el bebé llorando en brazos exclamó de manera sarcástica “tengo un regalo para usted.” Las siguientes palabras que saldrían de su boca eran menos disimuladas. “No queremos a ese bebé; el padre de él es su sobrino, así que decida usted qué hacer con él.”

Misericordiosamente la tía del pequeño, quien aún se encontraba hambriento y deshidratado, lo tomó en sus brazos. La mujer finalmente logró conseguir ayuda para el bebé, luego de un viaje de dos horas en autobús en rumbo hacia el hospital más cercano; mientras que los doctores cuidaban de las heridas del pequeño, ella llamó a su hermana la cual era la madre del papá del niño.

Su hermana respondió tan pronto como pudo llevándose consigo a su hija Lucila, rumbo a aquel viaje. Ambas sabían que esta criatura habiendo escapado de la muerte, podría terminar trágicamente en las garras del gobierno. A medida que caminaban por la calle empolvada hacia la parada del autobús, Lucila le expresó a su madre: “Si nos preguntan, quiere al bebé? Diles que ‘sí’ y yo lo criaré;” agregando con anhelo, “Le informaremos a mi hermano sobre este bebé y estoy segura que él nos ayudará.”



Manejamos por una carretera empolvada y con mucho viento; la tierra cubría los pasillos de las pequeñas casas sin puertas ni ventanas; yo le traje a mi madre biológica una Biblia la cual sujetaba fuertemente contra mi pecho. Yo practiqué en mi mente lo que quería decirle, pero todas las emociones distraían mi pensamiento.

Cuando llegamos a la casa mi familia se dispersó. Tíos y tías primero, luego mi madre y hermanas; una tía llamaba hacia adentro de la casa preguntando si había alguien allí.

Mi corazón estaba acelerado y el sudor bajaba por mi frente con rumbo hacia la boca de mi estómago.

Una anciana salió de la parte más oscura de la habitación, ella insistió que entráramos a la casa a esperar a su hija, quien llegaría en cualquier momento.

Yo observé las paredes y todo en esa casa era viejo; ya sea que estuviera cubierto de una capa de polvo, o de grasa de cocina; unas cuantas fotos familiares colgaban junto a un cuadro de la Virgen María y un olor que aún no puedo describir adecuadamente se encontraba en ese espacio. Todos nos sentamos silenciosamente mirando hacia abajo, alrededor, pero jamás nos mirábamos los unos a los otros; unos cuantos minutos parecían horas.

Los sonidos que provinieron del portal ocasionaron que nuestros ojos se alzaran y ella entró; enflaquecida y levemente encorvada con cabello lizo y negro que colgaba a ambos lados de su demacrada cara; ella se paró en medio del cuarto. Nos miramos mutuamente e intuitivamente todos nos levantamos. Yo me aferraba a la biblia como si fuera un salvavidas en medio de un barco en naufragio; “mi hijo” exclamó la mujer mientras que fabricaba una sonrisa y se me acercó.



En la aldea la noticia de aquel horrible crimen se esparció rápidamente. Las familias eran literalmente muy pobres pero lo más valioso para ellos era amar a los niños.

Los oficiales gubernamentales alertados por el hospital, se rehusaban a renunciar tener el control. El recién nacido corría el riesgo de pasar su vida a merced del orfanato en la poblada ciudad de Managua.

Tanto la abuela y su determinada hija pelearon por el bebé; después de 17 días en el hospital las autoridades le concedieron la custodia temporal a Lucila bajo estricta supervisión y al cabo de un año le otorgaron la custodia permanente.

Cuando Lucila tomó al bebé en sus manos por primera vez ella elevó muchas oraciones, pero hubo una que ella jamás olvidaría. “Dios, cuando él se entere lo que ocurrió, haz que él te busque a ti. De esa manera el diablo no destruirá los planes que tú tienes para su vida.” Ella sabía que Dios tenía grandes propósitos para esa desnutrida criatura a quien ella llamó “Mauricio.”



Los varios ensayos que practiqué en mi mente me fallaron; yo pensé que las palabras que ella emitió “mi hijo,” eran las que yo

tanto anhelé escuchar; sin embargo, se sintieron vacías; quizás yo quería algo más como una lágrima o su cabeza agachada por la pena ocasionada.

En cambio ella simplemente sonrió mirándome y mi cara se enrojeció a causa de la adrenalina. Aún atónito logré decirle algo y fue una de las exclamaciones que tanto practiqué, un poco extraña, pero fue todo lo que logré balbucear en el momento.

“La razón por la cual yo estoy aquí hoy es porque vine a decirle que la perdono.” Su sonrisa ahora parecía ser inapropiada sin embargo, continuaba haciéndolo en la misma medida que yo le hablaba. “También, que Dios la ama y que Él no solo tiene un plan para mi vida sino que también lo tiene para la suya;” Yo le entregué la Biblia. “Lo que se encuentra ahí adentro es la razón por la cual yo estoy aquí;” le dije a medida que señalaba mi regalo para ella.

Su sonrisa cesó y el silencio envolvió aquel cuarto tal como lo hacía el polvo; yo esperaba que dijera algo, cualquier cosa que se pareciera a una disculpa. Compasivamente mi madre terminó con ese incómodo momento diciendo: “Vámonos.”

Antes de irnos yo la abracé pues creí que era lo correcto que debía hacer. Mis tías quienes parecían agentes del servicio secreto, me escoltaron hacia el carro; ellas bien sabían que ese acontecimiento no cumplió las expectativas que todos teníamos;

probablemente porque en realidad no sabíamos qué esperar. Ellas me dijeron que nunca habían visto un mejor ejemplo del amor de Dios. Años después, cuando ellas se convirtieron en creyentes me confesaron: “en esa época no comprendimos por qué hiciste lo que hiciste. Por qué un muchacho de 15 años haría esto? Ahora si lo comprendemos.”



Días de una incesante lluvia retuvieron a Lucila y su hijo Mauricio quien ya tenía dos años de edad, al otro lado de un caudaloso río apartándolos así de su hogar y sus tres hijas.

Con su hijo en sus brazos ella caminó con dificultad en la enlodada carretera hasta alcanzar el puente. El agua del río continuaba creciendo hasta el punto de desbordarse encima del puente; solo los camiones más grandes se atrevían a cruzar.

Ella se quedó parada preguntándose si necesitaría regresarse; de repente un camión frenó junto a ella para ofrecer cruzarla al otro lado. Como la cabina de este camión ya estaba llena de gente a Lucila y Mauricio les tocaría hacerse en la parte de atrás; ella cuidadosamente alzó a su hijo para montarlo en el planchón trasero de dicho camión el

cual se encontraba vacío, mientras que sostenía firmemente su pequeño brazo.

Tan pronto como ella se paró en la defensa del camión, el tirón que ocasionó el cambio de aceleración causó que Lucila se cayera de dicho planchón hacia la fluyente agua del río. El pequeño inmediatamente fue arroyado por la negra agua; ella se aferró a él tratando de alzarlo por medio de su pequeña muñeca; sin embargo la fuerte corriente los empujó a ambos hacia el caudaloso río. Aún sosteniendo a Mauricio en sus brazos y siendo arrastrados hacia la muerte, Lucila gritó desesperadamente pidiendo ayuda.

Tal y como si los ángeles fueran convocados al parecer de la nada, la gente comenzó a descender para alcanzar a la madre con su hijo que se encontraban atorados sacándolos así, de aquella húmeda tumba. Ellos eventualmente llegaron a casa y encontraron que estaba llena de familiares y personas que atendían un estudio Bíblico el cual era dirigido por la hermana de la abuela del pequeño Mauricio; Lucila finalmente se sintió segura y bastante agradecida. Su Dios intervino una vez más en la vida de su pequeño hijo.

Con el sonido de la incesante lluvia y las palabras de las escrituras que llenaban aquella habitación, Lucila decidió seguir a Cristo para siempre, ella nunca volvería a ser la misma.



Si tan solo la vida pudiese ser editada como una de aquellas películas color rosa de Hollywood, todos podríamos llegar a ser Rocky subiendo las escalas del Museo de Arte de Philadelphia con las manos alzadas mientras trotaba.

Como lo declaró en las primeras dos oraciones el autor del libro de mayor venta- “El Camino Menos Viajado” (The Road Less Traveled) cuando dijo “La vida es difícil. Esta es una gran verdad; una de las más grandes verdades.” Dicho autor continúa expresando: “La vida es una serie de problemas; queremos quejarnos de ellos o queremos resolverlos?”

Su pregunta es profunda; yo considero que nuestras oraciones a menudo son simplemente quejidos encubiertos como pedidos espirituales; yo me quejo muy a menudo ante Dios y Él pacientemente escucha de la misma manera que la mayoría de padres terrenales lo harían; pero a veces Él me pregunta: “Quieres resolver los problemas?” Odio cuando me pregunta esto, especialmente cuando se trata de un profundo dolor que habita en mi corazón.

“Háblale a Él.” Yo conocía esa voz y también desafortunadamente, sabía a quién se refería.

Inicialmente comencé un proceso de negociación luego de un breve “no” y le recordé a Él que yo ya había hecho esto antes con mi madre biológica. Sin embargo Él insistió y me explicó: “El necesita venir a mí;” yo me rehusé y protesté con un gemido. “Ponte en mi lugar Dios;” como si Dios fuera a suspender su omnisciencia solo por mí.

Tan profundo es el vínculo entre Padre e Hijo que tiene origen en ese misterio llamado Mente de Dios; se encuentra en la esencia de todo lo que importa en este universo.

Ninguna ecuación matemática lograría comprenderlo; sin embargo un niño es capaz de sentir desde lo más profundo de su ser cuando este sentimiento falta.

Son nuestros padres quienes reflejan para nosotros la maravilla de la gracia, la necesidad de la disciplina, el roce del amor. Ellos nos muestran a Dios.

Yo nunca tuve eso y estoy seguro que no soy el único. Las estadísticas muestran la horrible verdad de millones como yo, afortunadamente muchos de ellos tienen una madre que se paró en la brecha como la tengo yo; pero todo niño necesita un Papá.



A los veinticinco años Mauricio sintió que él necesitaba regresar de nuevo a Nicaragua; no estaba seguro del por qué, solo sabía que él quería visitar un orfanato. Al llegar a Managua manejó directamente a este sitio y a duras penas logró bajarse del carro rentado, cuando vio como una niña pequeña corrió hacia él; “Eres tú mi papá?”

Lupita es la niña más tierna que él jamás haya visto, llamándolo “papi” a lo largo de su estadía. Sin saber qué decir, hacer, o inclusive sentir, Mauricio simplemente la abrazó y sostuvo su mano durante el tour por todo el orfanato. Con sus emociones en conflicto, él quería desesperadamente llevársela consigo a casa; sin embargo, sabía que esto no era posible.

El orfanato cuadrangular hace una excelente labor dándole amor a los niños, la mayoría de los cuales, han sido abusados de una manera horrible; inclusive muchos de ellos fueron vendidos a cambio de drogas, tal como lo fue el joven Héctor. El cabello intensamente negro de Héctor enmarcaba una cara que reflejaba mucho dolor para un niño de tan solo 12 años de edad; callado y reservado inmediatamente capturó la atención de Mauricio. Ambos se sentaron para conversar; Héctor escuchó atentamente la historia de Mauricio, ya que él podía relacionarse con lo que había vivido su nuevo amigo Americano.

“Héctor, tus padres te abandonaron y no conozco el motivo por el cual lo hicieron,” le respondió Mauricio a la simple pregunta que le hizo Héctor: “Por qué?” En realidad Mauricio sabía que Héctor había sido vendido tres veces por sus padres a cambio de drogas. “Tal vez

nunca llegues a comprender la razón” continuó hablando Mauricio. Héctor asimilaba cada palabra; “Pero si se esto, Dios nunca te ha abandonado.”

Luego, finalmente exclamó con palabras que provenían de su propio dolor personal “nosotros somos quienes lo hemos abandonado a Él.”

Duras palabras para decirle a un niño huérfano de tan solo 12 años; sin embargo Mauricio sabía que incluso el corazón de un niño de doce años puede llegar a enfriarse; “Él siempre está ahí para ti y tú tienes un futuro Héctor, Dios tiene planes para ti.”

Él tiene planes para todos nosotros.



La gente me ha dicho que yo me parezco mucho a él, nunca lo he visto así; quizás no he querido verlo, pero cuando lo vi parado frente a mi no pude dejar de notar la semejanza.

“Papá puedo hablar contigo?” Yo había dejado de llamarlo papá durante muchos años. Caminamos hacia afuera mientras que mentalmente practicaba la manera en la cual iniciaría el tema.

Comencé con palabras que pensándolo bien, probablemente lo colocaron a la defensiva desde el comienzo. “No quiero tener esta conversación cuando tenga noventa años y se encuentre muriendo en una cama de hospital.” Pensé que con estas palabras lograría captar su atención y si no fuera así, quizás mis próximas palabras si lo lograrían.

“Quiero comenzar con pedirle que me perdone por odiarlo.” Él miraba hacia abajo silenciosamente mientras que yo hablaba. Lo que dije a continuación pudo haber sonado como si fuera extrañamente desconectado del corazón y en realidad así era. Yo hablé por pura obediencia a la petición de mi Padre. “Quiero que sepa que las puertas de mi casa y de mi corazón siempre estarán abiertas para cuando usted se sienta listo para entrar.” No podía ver ningún cambio de expresión en su cabizbajo semblante.

Finalmente él alzó su cabeza y levantó levemente sus encorvados hombros. “Yo amo a todos mis hijos.” No hablamos nada más.



Cada Navidad los trabajadores del orfanato cuadrangular en Managua le preguntan a los niños lo que quieren para navidad y esta

es una pregunta arriesgada, ya que conocen que las opciones de regalos para los niños son limitadas. Tal vez un par de calcetines, una camiseta, o dulces. Sin embargo, ellos piden algo de lo cual ya saben la respuesta; es la misma respuesta cada año para casi cada niño; “Yo quiero un papá y una mamá.” Es la esperanza que resguardan los corazones de Lupita y Héctor, aún lo es.



Luego de haber hablado con mi papá, experimenté lo que la Biblia describe como “La paz que sobrepasa todo entendimiento,” fue mi Abba de nuevo; él me sonreía y podía sentir su favor. El niño y el hombre dentro de mí, unidos se llenaron de su santa presencia.

Al igual que el gran matemático Pascal quien escribió en su diario luego de un encuentro con el Espíritu Santo: “gozo, gozo, gozo, gozo, indescriptible gozo,” el gozo de Dios cayó sobre mí. Encima de todo fui reforzado con las palabras que mi Abba me dijo: “Estoy orgulloso de ti, hijo.”

Mi conversación con Abba aún no había terminado. Aún, deseaba desesperadamente escuchar esa palabra: “Lo siento,” Por

qué? Ese hueco vacío en mi corazón pedía a gritos esto; demandaba justicia y no estaba dispuesto a ceder.

“Padre, ambos me abandonaron; ambos me rechazaron.” Por lo menos uno de los dos pudo haberse disculpado. La mano firme de Abba alcanzó mis hombros. “Déjalo así.” Se repetía a sí mismo: “Déjalo así, Porque yo soy tu Padre.” “Yo nunca te he dejado o abandonado; yo estuve contigo desde el primer día.”

Las palabras del Padre se arraigaron como raíces en mi alma. “. . . tu primer día.” Fue mi Abba quien siguió a aquella jovencita mientras caminaba con su recién nacido en rumbo hacia la letrina. Él conocía su dolor por dentro y por fuera; Él estaba afligido por su decisión. Le imploró pero su corazón estaba demasiado herido para escuchar, entonces mandó a Sus ángeles para que rodearan al bebé, para vigilarlo y para protegerlo de las rocas y evitar que callera dentro de aquel hueco.

“Porque yo sé los pensamientos que tengo a cerca de vosotros dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.” (Jeremías 29:11 RV)



“Este es un lugar tan hermoso,” le exclamó Mauricio a Roque sin detenerse para comprender la ironía de sus palabras. Ella no lo veía así; “Te das cuenta de lo que estás diciendo?” y comenzó a llorar.

Aquel gigantesco árbol aún estaba allí solo; enormes ramas ofrecían sombra del implacable sol. Sus raíces surgían de la tierra proporcionando así una banqueta para descansar los pies de sus visitantes.

Veinticinco años no fueron beneficiosos para el cuerpo de Roque sin embargo, su mente aún estaba lúcida. Ella recordaba con detalles el día que escuchó el débil llanto de un bebé y también recordaba la manera en la que ella sostuvo la sogá. Igualmente señaló las cicatrices que marcaron sus rodillas.

A medida que caminaron desde el árbol hacia la letrina, ella le comentó a Mauricio que Dios había escuchado sus oraciones. Según sus doctores, a ella solo le quedaban seis meses de vida y le pidió un último deseo a Dios — conocer al bebé a quien ella ayudó a salvar.

Juntos lloraron.



Yo sé que Dios nos escoge a cada uno de nosotros. Él se pasa toda nuestra vida escogiéndonos y en algún momento nosotros necesitamos aprender a escogerlo a Él.

Al siguiente día del que Abba me habló tuve que elegir. Yo elegí creer que Jesús murió por mi madre biológica y por mi padre; Abba ama a esa mujer. Él adora a mi “papá.”

El aceptar esto me liberó. Es una liberación del odio, auto-desprecio y rechazo. Pero solo puedo vivir dentro de ese conocimiento cuando me postro ante los brazos del Cristo que ama más allá de mi comprensión. Es ahí donde yo puedo escoger el dejar ir el tipo de dolor que destruye destinos.

Brennan Manning, un ex sacerdote Franciscano, alcohólico en recuperación, reconocido y premiado autor, escribió lo siguiente desde la profundidad de su experiencia:

“Nada llegará a ocurrir hasta que el amor de Dios que no conoce fronteras, límites, o puntos críticos se internalice por medio de una decisión personal; hasta que el furioso anhelo de Dios capture la imaginación; hasta que el corazón esté unido a la mente a través de la pura gracia.”

Es mucho más fácil permanecer anestesiados durante nuestra vida; en realidad es mucho más difícil llegar a reconocer el profundo amor de Dios hacia nosotros y hacia las personas que odiamos. A todos se nos facilita más creer en Dios, que permitirle

a ese mismo Dios consumirnos en Su amor. Todo comienza y termina cuando conocemos y experimentamos a Dios como Abba. Su regalo para nosotros ha sido enviar a Su hijo Jesús, para que lo llegásemos a conocer a Él más profundamente, siendo más que un simple padre ausente sentado por ahí en las nubes.

Que su voluntad, la cual es amarnos a todos, sea hecha en la tierra así como lo es en los cielos. Él es nuestro regalo del cielo. Él es mi Abba.



EL REGALO DEL CIELO:

Un Mensaje Personal Para Usted

Usted tal vez no conozca a su padre, madre o ambos. Quizás usted sea joven y anhela escuchar las palabras “Te amo” que salgan de un padre que le ha abandonado literalmente y emocionalmente; inclusive usted quizás sea un abuelo o abuela que jamás experimentó un abrazo de su padre o madre; aún dentro de su edad madura, se encuentra

deseando ese ausente amor y esa aceptación; usted teme haberle transmitido a sus hijos ese dolor que conoció cuando era joven y lo ve en los ojos de sus nietos. Tanto dolor aún de adultos, pedazos de nuestros corazones heridos ocasionados por padres con corazones que también están heridos. Esta maldición generacional es una plaga en todos los pueblos, ciudades y naciones.

Es una maldición que puede ser rota y su efecto puede ser revertido; sanar es posible. Dios nos ha dado el poder de elegir volver a amar de nuevo, aún cuando se nos arrebatara el amor de un padre.

Cómo? Dios primero nos eligió a nosotros y nos adoptó como si fuéramos Suyos, a usted y a mí. Él es el Padre del huérfano, nuestro Abba. *“...Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.” (Efesios 1:4-6 RV)*

Permítame compartir de nuevo con usted el versículo de la Biblia que me ha fortalecido a mí en los momentos más oscuros de mi vida:

“Porque yo sé los pensamientos que tengo a cerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.” (Jeremías 29:11 RV)

Dios nos eligió y nos adoptó como Sus hijos e hijas. Él nos acepta y tiene pensamientos de paz hacia nosotros, deseando que tengamos un futuro bendecido y lleno de esperanza.

Entonces por qué tantas personas no logran vivir esa vida de paz y esperanza? Por qué existe tanta desesperación y falta de confianza?

Aunque Dios nos eligió, nosotros no reconocemos ni valoramos tan grande misericordia. Nunca abrimos aquel regalo sin costo y tan maravilloso que es su gracia, la cual le ofrece a la humanidad cada segundo de cada hora después de Su Resurrección.

Más adelante en la carta a Efesios, el Apóstol Pablo escribe:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).” (Efesios 2:4-5 RV)

Pablo continúa para descifrar el misterio de los tiempos. La muerte de Jesucristo, su sepulcro y resurrección abrieron las puertas para que todos recibamos la vida eterna (y amor) por fe (una elección propia) por medio de la gracia de Dios; no por medio de nuestros intentos de ser o hacer el bien.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe.” (Efesios 2:8,9 RV)

Puede usted imaginarse un regalo hermosamente empacado para usted por papá o mamá para la navidad? Ellos se lo entregaron,

dejándole saber que se le dio a cambio de un alto precio; ellos esperan a que usted lo abra anticipando su gran emoción. Pero algo lo distrajo y usted se aleja y en realidad jamás llegó a abrir el regalo. Aunque se le ha entregado ese regalo gratuitamente por amor, usted en realidad nunca lo recibió.

Todos debemos abrir este regalo de gracia, el cual es el perdón de nuestros pecados y la restauración de la relación con nuestro Padre Celestial por fe. Fe es lo que Jesús hizo en la cruz, fe es el hecho de que Jesús es el único “camino, la verdad y la vida” y que “Nadie viene al Padre sino es por Mi (Jesús).” (Juan 14:6) Fe en el perdón de nuestros pecados.

Abrir el regalo de Su gracia es solo el comienzo. Para aquellos de nosotros que decidimos seguir a Cristo, no solo como nuestro Salvador sino también como nuestro Señor, continuamente debemos caminar en la misma gracia que recibimos desde el comienzo de nuestro “Renacimiento.”

Más adelante en la carta a Efesios, Pablo nos da una visión inspirada por el Espíritu sobre la manera en la cual podemos caminar en fe y no en temor.

“Para que os de, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de

comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda plenitud de Dios.” (Efesios 3:16-19 RV)

“Conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo entendimiento.” Ese tipo de amor se conoce en el corazón; no es simplemente reconocido en la mente como un hecho o creencia.

Es recibir por fe este gran regalo de amor que llena todo el vacío que deja la falta de un amor paternal. Es la única cosa que sanará la herida de un abandono o rechazo.

Yo elijo abrir este regalo diariamente, aún cuando quiero enfocarme en otras cosas que puedan llenar ese vacío temporalmente; yo sé que nada me sostiene como el amor de Abba.

Ninguna otra relación, ninguna droga o alcohol, ningún dinero o poder puede lograr remplazar aquello que anhelamos desde lo más profundo de nuestro ser. Yo soy libre de auto rechazo, orgullo o temor; simplemente puedo hablar con mi Padre:

Querido Señor,

Yo recibo diariamente tu gratuito regalo de gracia en mi vida. Yo deseo más que nunca, conocer el amor del Cristo que sobrepasa todo entendimiento.

Yo decido seguirte a ti, mi Abba. Llena mi vida y mi corazón con tu gran amor, para que yo logre vivir de una manera que te agrade a ti.

Gracias por romper las maldiciones del pecado, rechazo y abandono en mi vida. Ayúdame a ser reflejo de tu gracia en aquellos que necesitan saber la verdad de lo que los hará libres.

*Todo esto lo pido en el nombre de Cristo Jesús,
Amén*

*Abramos este regalo
del cielo por el resto de
nuestras vidas.*



Mauricio en el lugar
de su nacimiento



La letrina



**Mauricio con Roque
(arriba)
Y su familia
(derecha)**



Información Sobre Imprenta Misionera

Imprenta Misionera es un ministerio único de impresiones sobre el Evangelio ubicada en Anaheim, California. La visión de la Prensa de Misiones es ofrecer materiales efectivos y libres de costo sobre el evangelio y el discipulado a través del campo misionero. Alrededor de 175 millones de piezas en 110 países desde 1981 han sido impresas. Para obtener más información, visítenos en www.foursquaremissionspress.org.

Imprenta Misionera también capacita y le provee de recursos a los trabajadores de niños globalmente por medio de su ministerio

llamado “Caja Evangélica para Niños” (Children’s Gospel Box).
Conozca más al respecto en www.cgbox.org.

Mauricio A. Rodriguez puede ser ubicado en
mauricio@thegiftfromheaven.com

Robert Hunt puede ser ubicado en
bhunt@foursquare.org

Este pequeño libro está destinado para ser un regalo; primero para usted y luego para que se lo entregue a otros. Todos nosotros necesitamos recordar que nuestra vida es una jornada con propósito.

Para la mayoría de la gente, esta jornada está llena de giros y vueltas. Sus carreteras desniveladas nos llevan a hacernos la pregunta más esencial: – “¿Por qué?”

Esta verdadera historia lo inspirará a considerar que aún los peores comienzos pueden conllevar a los mejores finales, no por una simple casualidad sino por elecciones deliberadas. Todos podemos abrir el regalo que nos llega desde el cielo.



IMPRENTA MISIONERA

© 2011